zando de paz y quietud en su corte y casa; pero como la paz humana no promete seguridad de vida (aunque Nopal se preciaba de ella) llegó la muerte, envuelta y disfrazada en una grave enfermedad, en la cual los dolores y fatigas de ella le dijeron cómo lo tenía preso y asido, que no era posible soltarse sino morir de ella. El valeroso y fuerte chichimeca, que la conoció y supo de cierto ser ella, hizo llamar a su hijo Tlotzin, rey de Tetzcuco y heredero del imperio y en presencia de los otros dos, sus hermanos, que también fueron llamados y toda la gente granada y lucida del imperio, se le entregó y amonestó como padre deseoso de que en su gobierno acertase, y abrazándolos a todos murió, cargado de muchos días, cuyas honras y entierro fueron muy solemnes, quemando su cuerpo y recogiendo sus cenizas.

No se tratan cosas particulares que este belicoso y valiente emperador hiciese, porque aunque fueron muchas, como casi todas fueron en tiempo de su padre y viviese poco después de su muerte, todas quedaron sepultadas en el olvido de su principado; pero dícese de él que fue muy valiente, como se puede colegir por la guerra que tuvo con los tulantzincas y otros señores, a los cuales privó y enajenó de sus gobiernos y señoríos y los arrinconó y puso en grande extremo de necesidad y miseria y fue muy generoso dando señoríos a hijos de señores y grandes y otras personas, que por sí mismos los merecieron, levantando por humildes a unos, así como humillaba por soberbios a otros.

CAPÍTULO XLIV. *De la entrada y posesión que el emperador Tlotzin tomó en el gobierno de su padre Nopal*

ABIENDO FALLECIDO EL EMPERADOR NOPALTZIN y concluido su entierro y funestas honras, entró en su lugar y silla Tlotzin, su hijo, a quien dejaba encomendado su imperio; cuya jura se hizo luego, a la cual concurrieron los señores más principales del reino y monarquía; entre los cuales asistieron dos hermanos del dicho emperador, hijos del difunto, llamados el uno, Quauhtequihua y el otro, Apopozoc. Estos dos príncipes tenían sus señoríos y reinos dados de su padre; y no pienso que entonces eran los reyes de muchas provincias, sino de lugares y ciudades particulares; y en lo que me fundo es en que acostumbraron estos señores indios, cuando casaban alguna hija con alguno de los señores de la tierra, le daban al yerno el señorío de aquel pueblo, para que gozase de sus rentas y vasallos, como natural y propio; y de éstos hubo muchos y los había cuando les entraron la tierra los españoles. Por lo cual digo que estos príncipes y hermanos del nuevo emperador lo serían de algunas de las principales ciudades que entonces hubiese fundadas y que más floreciesen, y es posible creer que tendrían otros pueblos y tierras de añadidura, como hijos de emperador y monarca, que por esta razón habían de ser preferidos a los otros.

Pasada la jura y celebradas las fiestas, que duraron algunos días, despidió el emperador a todos los que en ellas habían asistido y los envió a sus señoríos y pueblos, haciéndoles una larga plática y paterno razonamiento, en el cual les mostró ser su elección más para usar con ellos oficio de padre que de rey soberbio, ni monarca tirano. Todos se despidieron de él muy amigablemente, llevando el gusto muy sabroso de sus paternales y dulces palabras.

Despedidos todos, rogó a sus hermanos que no se fuesen sino que se quedasen con él por algún tiempo, lo cual hicieron de buena gana y voluntad y los entretuvo un año en su corte; y es mucho de considerar que siendo la condición humana envidiosa y que no sufre no sólo mayoría, pero ni aun igualdad, en especial entre hermanos que saben que son hijos de unos mismos padres y que por esta razón presumen ser iguales en los bienes y herencias paternas, pareciéndoles que no hay de parte de los hijos, en razón de hijos, más méritos en unos que en otros; y que por solas leyes se aventajen unos a otros y lleven más los unos que los otros y entren en los señoríos unos y otros, queden privados de ellos, cosa (como decimos) que engendra envidia y rencor. Con todo esto no cupo en los corazones de estos dos príncipes semejante pasión, antes mostrando alegría y contento festejaron su estada con muchas fiestas con que entretenían a su hermano el emperador, del cual fueron tratados muy honrada y acariciadamente, correspondiéndoles con una muy sencilla y hermanable voluntad.

CAPÍTULO XLV. *Donde se trata de las condiciones loables de este nobilísimo emperador y de lo que por esta causa era amado de todo su imperio*

NA DE LAS CONDICIONES que deben tener los reyes y príncipes para gobernar con más seguridad su república es la mansedumbre y clemencia, porque ella vence los corazones de los hombres y se hace señor de ellos. Éste fue un aviso romano, de que usaron todos u los más de sus príncipes y capitanes, para enseñorearse del mundo. Y así, dice Plutarco,[1] de su fundador Rómulo, que era tan manso y piadoso, que no sólo a los amigos hacía bien, pero que a los enemigos perdonaba; y solía decir que quería ser amado y reverenciado de su gente, como padre y no temido ni aborrecido, como tirano; pues que para aumentar y confirmar el imperio entre los hombres es necesario que los príncipes gobiernen con tanta mansedumbre y benevolencia su pueblo, que no solamente sean señores de los cuerpos de los súbditos, para hacer de ellos por su poder absoluto lo que quisieren, sino que por amor y beneficios los tengan robados los corazones, para que de su propia voluntad, sin ser a ello forzados ni compeli-

[1] Plut. in Vita Rom.